OVERWATCH®

PIEDRA POR PIEDRA

UN RELATO CORTO ESCRITO POR CHRISTIE GOLDEN

PIEDRA POR PIEDRA

HISTORIA
CHRISTIE GOLDEN

ILUSTRACIONES
NESSKAIN

DISEÑO SYMMETRA MARAMMAT
Y CONCEPTOS ORIGINALES
ARNOLD TSANG

MODELO DEL DISEÑO SYMMETRA MARAMMAT
DONALD PHAN

MODELO ORIGINAL DE SYMMETRA
RENAUD GALAND

COMPOSICIÓN Y DISEÑO
MARK BRYNER

TRADUCCIÓN POR
JEANNIE HERNÁNDEZ
ANGELINA VILLARREAL

PIEDRA POR PIEDRA

—¿No he de suponer —preguntó Sanjay Korpal con optimismo—, que ocurrió un terremoto oportuno?

Por un instante, Satya Vaswani se preguntó si era una metáfora, pero no fue así. Sanjay, uno de los mejores negociadores de la Corporación Vishkar, lo había dicho de forma literal.

—No existió ni la más mínima actividad sísmica —comentó Harita Patel, especialista principal en geología—. Por esa razón abrimos el suelo en ese sitio. Recordará que le advertí sobre...

—¿*Pudo* ocurrir un terremoto oportuno?

Harita mostraba cada vez más preocupación.

—Por desgracia, se trata de un evidente caso de causa y efecto. Nuestro desarrollo fue agresivo; fue demasiado en muy poco tiempo. Las vibraciones de la construcción concentrada son las responsables directas del daño. Todos están, eh... muy enojados, señor.

Sanjay suspiró.

—Durante mucho tiempo, hemos tratado de establecer presencia en ese lugar. No necesitábamos este inconveniente después de lo ocurrido en Río.

Por supuesto que con “hemos” se refería a la Corporación Vishkar. “Ese lugar” se trataba de la sección en vías de desarrollo de la ciudad de Roshani, al otro lado del río, y con “inconveniente” hablaba de la imagen que Satya observaba en ese momento.

Un pequeño holograma flotaba sobre la mesa. La imagen cambiaba de un punto a otro, desde lo que era antes: una ómnica de piedra, sentada con las

piernas cruzadas sobre una flor de loto, con sus manos juntas frente al pecho, hasta trozos de piedra que rodeaban la parte inferior del torso sin cabeza.

—Ah, es más que un inconveniente —agregó Tamir Chada, representante de relaciones públicas—. Esto podría poner en riesgo todo el contrato. No se trata solo de daño físico. Sanjay tiene razón; considerarán todo lo ocurrido como un insulto. Si no lo arreglamos, si no lo solucionamos a la perfección, tendremos que darle un beso de despedida a cualquier avance en el desarrollo de la zona.

—Por suerte —dijo Sanjay al tiempo que volteaba hacia Satya—, en Vishkar contamos con la mejor arquitecta de luz rígida del mundo. Tú naciste en un pueblo pequeño como Suravasa, Satya. Naturalmente te ofrecerías como voluntaria para ayudar, ¿verdad? —Era una pregunta retórica y Satya lo sabía—. Si no te incluimos en esto rápido...

—De inmediato —intervino Tamir—. *Para ayer*.

—Perderemos esta oportunidad. Debemos darle a Suravasa algo importante para demostrar nuestro descontento porque, de forma accidental, dañamos algo tan preciado para ellos.

“No estamos descontentos por esa razón”, pensó Satya, pero no lo dijo. Ya estaba acostumbrada a este tipo de cosas en Vishkar.

—Te enviaremos ahora mismo —declaró Sanjay—. Descubre qué es lo que quieren. Un centro de retiro, un pago único para reparaciones; incluso podemos reconstruir el templo por nuestra cuenta. No importa el costo; es como una gota en el océano en comparación con la pérdida de los derechos del desarrollo.

“Gota en el océano” era una de esas frases que, al igual que “darle un beso de despedida” al desarrollo, resultaban confusas para Satya cuando era más joven. No veía ningún océano, ni gotas, y, en definitiva, ningún beso. Sin embargo, ahora había aprendido a... ¿cómo era ese dicho? “Seguir la corriente”.

—¿De quién era esa figura? —preguntó Satya mientras veía el holograma de nuevo. Observó el cuello roto y la cabeza cortada. Apartó la vista. Desorden.

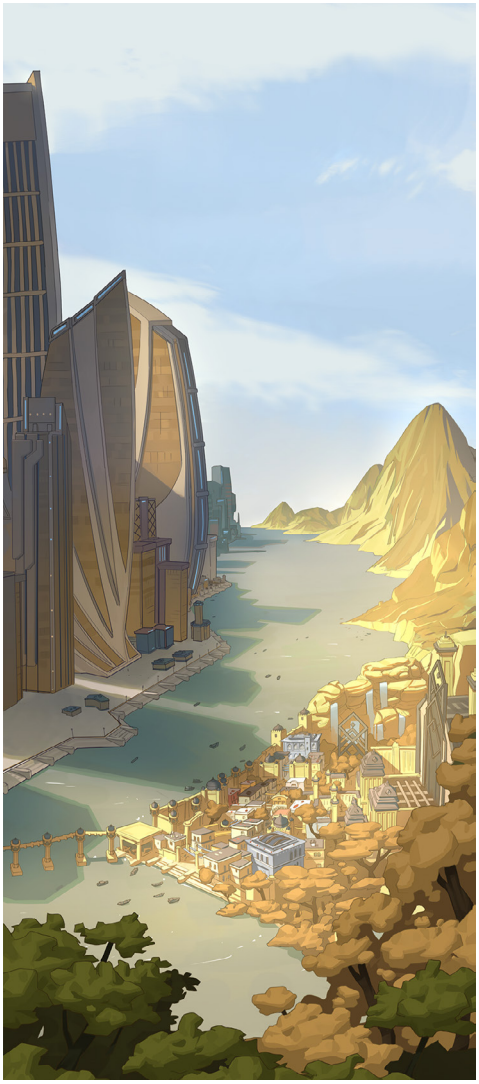
—Eh... —Sanjay miró a Tamir.

—Aurora —respondió Tamir, quien consultaba sus notas.

Aurora. La primera ómnica con conciencia propia que se sacrificó con el fin de que los demás ómnicos también la tuvieran.

—Ella era más que una simple ómnica famosa —expresó Satya—. No querrán dinero. Tenemos que ofrecerles algo mejor.

—Tu trabajo es descubrir qué es lo que quieren y hacerlo realidad, Satya —señaló Sanjay. Le dirigió una de sus cálidas sonrisas acompañada de una mirada bondadosa—. Sé que puedes lograrlo. Haz lo que sea necesario.



—No queremos ningún tipo de relación con la Corporación Vishkar —indicó Ranesh Grewal, el *sarpanch* o jefe del gobierno local de Suravasa—. Ya hicieron suficiente.

El rumor sobre la llegada de Satya y su misión se había filtrado de algún modo, así que Grewal, junto con un grupo pequeño que lucía molesto, se acercó para enfrentarla. Mientras que los muros pétreos pintados en tonos de coral proyectaban sombras en otras áreas, los pobladores y la intrusa se situaron en la explanada hundida y cubierta con baldosas ajedrezadas, ubicada afuera de una de las entradas del templo. En ese lugar, el sol golpeaba con una fuerza impía y las cúpulas doradas del recinto brillaban con tal intensidad que era imposible verlas de manera directa. En la cara de Grewal

se trazaban líneas de ira, un sentimiento que se reflejaba en los demás rostros. Algunos ómnicos estaban presentes en la parte de atrás. Por lo menos *ellos* no le estaban gritando.

—Les ofrezco mi ayuda por lo que ocurrió —explicó Satya.

—¿Para qué? ¿Para construir un rascacielos de luz rígida con destellos azules? ¿Cree que eso es lo que queremos?

—No *sé* qué es lo que quieren —respondió Satya a secas.

—¡Claro que no lo sabes! —gritó alguien.

—¡A Vishkar no le interesa! —exclamó alguien más.

—A *mí* sí —replicó Satya. La imagen de la estatua hecha añicos, fracturada y sin cabeza, estaba incrustada en su mente—. ¿Al menos puedo entrar al templo? —Al notar la duda del *sarpanch*, continuó—. Creí que todos eran bienvenidos en este lugar.

Uno de los ómnicos de la parte de atrás, vestido con una túnica sencilla, extendió un brazo en dirección del templo. Satya asintió en señal de agradecimiento y cruzó las puertas de madera abiertas, sintiendo aún las miradas de la multitud iracunda clavadas la espalda.

El interior del templo estaba iluminado solo con la luz de unas velas y se sentía más fresco. A diferencia del exterior, las paredes no estaban pintadas con la misma tonalidad cálida del coral, sino que estaban decoradas con figuras de peces y tigres grabadas en bajorrelieve. En ciertos puntos, las piedras estaban rotas, al haber sido sacudidas y acomodadas por los terremotos. También había grietas que desfiguraban los muros, techos y rocas.

Un tenue aroma impregnaba el aire del lugar; era como si las piedras hubieran absorbido la esencia. *Incienso.* La fragancia evocaba lo único bueno de su infancia: las visitas esporádicas a templos llenos de paz. Habían sido tan poco frecuentes que casi las olvidaba por completo.

—Es verdad que no sabes qué es lo que queremos. —Se escuchó una voz metálica; estaba claro que no era humana. Una parte de ella sonaba chirriante, como arañazos en un pizarrón. Pero el tono de fondo era tranquilizador. El ómnico

que comenzó a caminar a su lado era el mismo que le había dado permiso para entrar—. *Nadie* sabe lo que los demás quieren sin antes conocerlos.

—¿Eres un sacerdote de este lugar? —preguntó Satya.

—Solo un peregrino. Me llamo Zenyatta. El hecho de que Vishkar asuma la responsabilidad es un acto gentil. Pero carece de significado si la ayuda en realidad no es... útil.

—Yo estoy dispuesta a que así sea. —Continuaron por el corredor.

—Si así lo deseas, puedo ayudarte a comprender a nuestro pueblo, fe y comunidad. Eres bienvenida a quedarte con nosotros.

—¿Quedarme? —Satya no tenía previsto decir esa palabra con tanta dureza—. ¿Aquí? —Los recuerdos de la pobreza extrema de su infancia invadieron su mente: el hedor, la presión de la gente, los estómagos vacíos, el agua turbia para beber; la impotencia de sus padres para hacer algo al respecto.

—En el templo —aclaró Zenyatta—. Como hacemos los peregrinos.

—No soy una peregrina —le contestó—. Soy una arquitecta. —Ella había acudido para hacer un trabajo; era importante que entendieran eso.

Zenyatta levantó sus brazos metálicos y se encogió de hombros.

—Los peregrinos son quienes emprenden un viaje a un lugar sagrado. La palabra en sí es irrelevante. Entonces, ¿*tú*, Satya Vaswani, te quedarás?

La invitación le provocó ansiedad. Ella tenía rutinas; eso aseguraba que siempre hubiera orden y calma en cierta parte de su vida. Incluso en los hoteles, Satya pasaba tiempo a solas y se apegaba a sus rutinas en la mayor medida posible.

Zenyatta prosiguió.

—Tienes fama de crear diseños idóneos según la finalidad de los edificios. No hay nada de qué avergonzarse si no comprendes el propósito de este templo, Srita. Vaswani. Todos partimos desde la ignorancia.

Satya fue incapaz de debatir ese punto. Ella sabía cosas sobre Aurora, pero no la conocía como los ómnicos. Cuando Sanjay le sugirió ofrecerles un centro de

retiro, o solo dinero, su instinto le había indicado que eso no funcionaría. Parecía que rechazar esta invitación tampoco sería efectivo.

—Lo... intentaré —afirmó.

—El origen de todas las aventuras es la voluntad de intentarlo —puntualizó Zenyatta.

El corredor los condujo a un agradable camino serpenteante. Los árboles los acogían con su sombra. Un sacerdote ómnico se acercó, asintió con cortesía hacia Satya y se inclinó ante Zenyatta.

—Que la paz esté con usted, Tekhartha —expresó antes de continuar.

Satya miró a Zenyatta.

—Solo un peregrino —dijo—. Podría pensar que estás a cargo del lugar.

—Nadie está realmente “a cargo” de nada —respondió con una risa reverberante—. Regresé aquí hace poco con el objetivo de meditar sobre las enseñanzas de mi maestro, Tekhartha Mondatta. Pero al encontrarme contigo, veo que me esperaba otro propósito.

—Sé quién era Mondatta. Lo mataron —señaló Satya.

—Sí —admitió Zenyatta, parecía no tener problemas ante una declaración tan categórica.

—Antes de eso, no era consciente de que los ómnicos podían morir. Ustedes son máquinas; asumí que podían reemplazar sus piezas.

—En teoría, así es. Pero aún no se descubren los repuestos para un alma, ya sea humana... u ómnica.

¿Acaso los ómnicos *tenían* alma? Esa era una gran pregunta y Satya necesitaba tiempo para reflexionar al respecto. Retomó el tema de Mondatta.

—Lo asesinaron —prosiguió—. No entiendo por qué. Él no incitaba a la violencia.

—Mondatta rechazaba la violencia. Muchos, incluyéndome, creemos que lo asesinaron aquellos que se oponen a construir puentes entre humanos y ómnicos.

—¿Construir...? Ah —expresó Satya—. El primer puente que imaginé era uno literal.

—Yo también pensaba bastante literal, al principio. Aunque los ómnicos tenemos la misma capacidad de sentir que los humanos, me resultaban desconcertantes. Dicen cosas como “dar una mano” o “el ratón les comió la lengua”. Pero sus manos son de carne, no de metal; ¿cómo podrían quitarse una mano? ¿Cómo podría un ratón comer su lengua? ¿Se la quitan? ¡Hubo imágenes muy curiosas rondando en mi mente durante mucho tiempo!

Satya rio con confianza.

—Eso aún me pasa en algunas ocasiones.

Él inclinó su resplandeciente cabeza cerca de la de ella y susurró con complicidad.

—A mí también.

El camino desembocaba en una serie de escalones que conducían a una zona amplia bajo una cúpula, que sin duda se trataba del santuario principal.

El estrado que servía como base de la estatua estaba rodeado por una pequeña piscina, con caminos que conducían hasta la figura. Otros peregrinos, algunos humanos y la mayoría ómnicos, estaban sentados sobre cojines en la misma posición que la estatua. O, mejor dicho, como solía estar la estatua.

Satya sintió una inquietud al observar los escombros. Una cosa era haber visto una diminuta representación holográfica de la efigie en la impecable, casi estéril, sala de juntas de la Corporación Vishkar. Y otra cosa era verlo en grande; muy grande, de hecho, y frente a sus ojos. Detuvo su mirada en los brazos

destrozados y la cabeza estropeada. Satya se percató de que Vishkar la había enviado al sitio con tanta anticipación que aún no habían realizado una limpieza total.

—Debe causarles mucha angustia —admitió—. Ver a su deidad dañada de esta manera.

—Aurora no era una deidad —Zenyatta la corrigió con delicadeza—. Ella era como nosotros... excepto que fue la primera.

Satya trató de concentrarse en el rostro de la figura y no en el daño y el polvo que la rodeaba.

—¿No le rezan?

—No —respondió Zenyatta—. Reflexionamos sobre su vida... y su muerte. Manifestamos gratitud por su sacrificio y por el don que nos concedió. La estatua era muy parecida a ella. Pero no capturaba quién *era*. Aurora tenía curiosidad. Quería aprender acerca del mundo y de su gente.

—Quería entender aquello que hace... humanos a los humanos —agregó Satya.

Zenyatta asintió.

—Fue la primera de nosotros en enfrentarse a eso. Y aún lidiamos con ello, de vez en cuando. Todos los ómnicos vemos una parte nuestra reflejada en ella.

“Yo también”, pensó Satya, aunque no lo dijo. ¿Qué se sentiría ser la primera ómnica en adquirir conciencia propia de forma repentina? ¿Cómo sería tratar de darle sentido a... *todo*?

—Debe haber sido casi imposible, algo sin ningún precedente. La manera en la que ella pensaba, la forma de pensar de ustedes debe ser muy diferente a la nuestra.

—Las personas no necesitan entender cómo piensan los demás para respetarlos o incluso amarlos —aseveró Zenyatta—. O simplemente para ser amigos. El templo era un lugar donde Aurora era bien recibida y aceptada tal como era, sin prejuicios.

—Pero... ella no se quedó.

—No. —La reverberante y metálica voz de Zenyatta tenía un tono triste, y su cabeza se inclinó de manera sutil—. Aurora tenía otro destino, otra travesía; esa que muchos otros han seguido desde entonces. ¿Sabías que este templo ahora es la primera escala de una peregrinación inspirada en ella?

—No lo sabía.

—Aurora crecía después de cada una de sus visitas; tras conocer a cada persona. Mientras que su viaje físico la condujo hasta Shambali; su viaje espiritual la llevó a un lugar de tal abnegación, que fue capaz de sacrificarse a cambio de la simple posibilidad de que nosotros también pudiéramos experimentar la conciencia propia.

—Espera... ¿ella no sabía que funcionaría? —Satya se sorprendió. El autosacrificio por el bien de los demás siempre era un acto noble. Elegir ese camino sin certeza, sabiendo que estaría perdida independientemente de su éxito o fracaso, colocó a Aurora quizá a la cabeza de los más valientes que Satya había conocido.

Zenyatta negó con la cabeza.

—Nadie podía garantizarlo. Era probable que muriera en el intento... y que todas las posibilidades de conseguir la conciencia ómnica morirían junto con ella. Tal vez ahora entiendas mejor por qué estábamos tan devastados cuando el desarrollo de tu compañía destruyó la estatua.

—El deseo de Vishkar es crear mejores cosas para todos. —Sus palabras salieron de forma rápida y automática—. He trabajado en muchos proyectos que mejoraron vidas al proporcionar hogares, agua potable y clínicas.

“Centros de retiro de lujo. Clubes exclusivos. Condominios con precios tan elevados como los rascacielos donde se ubican...”.

—Eso no lo dudo —contestó Zenyatta—. Pero hay muchas maneras de ayudar a las personas.

—Es importante ser feliz. —Planteó la sugerencia de Sanjay, solo para estar segura—. Tal vez serviría un centro de retiro. O un templo totalmente nuevo.

—Desde luego, aquí recibimos a todos los visitantes —precisó Zenyatta, quien no la miraba a ella, sino a la estatua en ruinas—. Pero a lo largo de mi existencia, he visto demasiadas cosas con belleza propia, con verdadero espíritu, que se convierten más en una atracción turística que en un espacio sagrado. Aquellos destinados a venir, lo harán. Su camino se trazará, piedra por piedra, conforme avancen por él. En cuanto a la creación de un nuevo templo... este aún cumple con su función. Si bien existe energía en lo nuevo, existe poder en lo antiguo, Satya, incluso si es frágil. Cuando nos adentramos en la meditación profunda, casi podemos escuchar los susurros de un sinfín de voces que han resonado dentro de estos muros durante más de mil años.

"Huele el incienso que tantas manos ofrecen con amor".

Un leve repique interrumpió su hilo de pensamientos.

—¡Ah! —exclamó Zenyatta—. Es hora del almuerzo. Es un buen momento para iniciar tu estancia. —Él ladeó la cabeza y pudo apreciar la expresión de la joven con exactitud—. Lamento que mi solución, el hecho de quedarte aquí, te provoque angustia. Encontramos un gran consuelo y un propósito en nuestras prácticas.

—Yo también — contestó Satya y añadió con tanta cortesía como pudo—, con las mías, quiero decir.

—Significa mucho que estés dispuesta a soportar molestias para apoyar por completo a este proyecto. Tal vez nuestras rutinas tendrán algún eco en ti. No son complicadas y mantienen al cuerpo ocupado mientras llenan el corazón y la mente. Pero antes... vayamos a llenar tu estómago.

Satya se detuvo al entrar al comedor. El aroma del tamarindo y la cúrcuma, el comino y el cardamomo, así como otras especias, junto con el incienso que envolvía el templo, formaban en conjunto un perfume cargado de nostalgia. La comida constaba de un menú vegetariano sencillo pero delicioso: arroz, legumbres, verduras, quesos y leche. Evidentemente, los ómnicos no podían comer; sin embargo, la comida era fabulosa.

—¿Cómo logran cocinar algo tan exquisito sin poder probarlo? —le preguntó a Zenyatta.

—Aprendimos que, en algunas tradiciones, a los sacerdotes les prohíben probar la comida mientras cocinan. En cambio, meditan acerca de lo que servirán y sobre la mejor preparación de los alimentos. Nos percatamos de que habíamos adoptado esa tradición. Nuestros sacerdotes ómnicos estudian los ingredientes locales para entender la manera en la que los humanos los perciben. Después pedimos orientación acerca de su uso.

—En vista de eso, me sorprende que no sepa terrible.

—Lo mismo opinaron nuestros primeros invitados —apuntó Zenyatta y se rio. A ella le agradó su risa; le gustó que podía reír con tanta libertad de él mismo o de lo absurdo de otras cosas.

—Cuéntame más sobre tu fe.

Él inclinó la cabeza.

—Como sabes, Aurora deseaba descubrir el mundo y la manera en la que ella podría encajar en él. Quería descubrir quién *era*.

—Muchas religiones se centran en la búsqueda de la iluminación —señaló Satya.

—Esa búsqueda yace en nuestro corazón. Cuando Aurora se sacrificó, trascendió esta existencia, esta forma de ser, y nos esforzamos por emular su experiencia a través de la meditación.

—¿Qué le sucedió?

Zenyatta dudó por un momento.

—Solo un pequeño grupo en su presencia física atestiguó lo ocurrido y, naturalmente, el misterio ha crecido con el tiempo. Se dice que estaba envuelta en una intensa luz dorada. Ella se *expandió*. Nos esforzamos por llegar a ese punto, ese nivel del ser al que llamamos iris. Ahí, todos somos uno.

—Todo es muy confuso. Quiero entenderlo mejor.

—Y así será. Te mostraré más cuando termines de comer.

Cuando Satya terminó, Zenyatta la llevó a otra parte del templo. Allí, iluminado por las trémulas luces de muchas velas, se encontraba un bajorrelieve del momento de la Trascendencia de Aurora.

Satya lo miró con atención. A diferencia de la estatua original, esta figura contaba con ocho brazos. Tenía dos manos unidas sobre el corazón, lo cual es un símbolo de amor y respeto propio y hacia el universo, según muchas culturas. El resto de las manos parecían alcanzar orbes pequeños. Detrás de la figura había una esfera de mayor tamaño. Satya, curiosa, recorrió con sus dedos la piedra fría y áspera.

El monje ómnico se inclinó para tocar con delicadeza la imagen de Aurora.

—De uno, muchos. —Señaló los brazos al decir eso—. Somos *mucho* más que un simple objeto. Pero, además, muchos... —volvió a indicar a la figura sentada—, pueden convertirse en uno solo.

—Todos son uno dentro del iris —murmuró Satya.

—Exacto.

Cuando Satya se retiró, la condujeron hasta uno de los pequeños edificios exteriores; era un sitio abierto al aire libre y estaba cerca de un enorme estanque lleno con lotos. En ese lugar le dieron un sencillo tapete para dormir y una túnica del templo doblada. La vio con detenimiento. Ya había muchas cosas diferentes, y quería tener tanto control como fuera posible. Debía honrar las tradiciones del templo, pero se oponía de modo rotundo a cambiar su apariencia. Además, le había dicho a Zenyatta que no vino como peregrina.

No obstante, los colores oro y ocre le resultaron atractivos, y la textura era agradable. Satya supo lo que tenía que hacer.

La mañana siguiente, Zenyatta la saludó con calidez cuando ella entró al santuario para iniciar su jornada completa en el templo.

—Me alegra que decidieras usar la túnica —le dijo.

“SOMOS MUCHO MÁS QUE UN SIMPLE OBJETO.”

—No quería hacerlo —respondió Satya—, pero sentí que era necesario para mostrar cuánto deseo ayudar.

—Oh —exclamó Zenyatta—, jamás dudé de eso.

Los días continuaron de cierta manera que a Satya le pareció complicada al inicio. Al levantarse, ella y los peregrinos les ayudaban a los sacerdotes a limpiar el santuario principal, a recoger pequeños trozos de piedra y a barrer el lugar. Satya estaba al tanto de que un grupo de trabajadores llegaría dentro de pocos días para remover las partes más grandes y pesadas.

Limpiaron los trozos restantes con agua y colocaron flores a su alrededor. Los peregrinos rompieron el ayuno y se acomodaron sobre los cojines. Cuando Satya se dispuso a hacer lo mismo, esperaba que le pidieran que meditara. Era una práctica que ya había intentado antes, pero le resultó muy difícil de conseguir. Cada uno de los peregrinos recibió una esfera metálica que cabía en la palma de sus manos, lo cual sorprendió a la joven.

—Estas son las esferas sobre las que meditamos —le explicó Zenyatta.

—Tal como las del bajorrelieve.

Él asintió.

—Creo que para ti será... el Orbe de la percepción.

—Para poder percibir mejor aquello que necesitan.

—Mmm —expresó sin confirmar o negar nada—. Mueve el orbe de una mano a la otra. Concéntrate en su peso; en cómo se siente. Enfócate en su movimiento.

Al poco tiempo sirvieron el almuerzo; luego llegó el momento de hacer más tareas, más meditación con los orbes y, al fin, la hora de dormir.

En cierto punto durante sus primeros días de estancia, Satya notó que su cuerpo se adaptó al delgado tapete sobre el piso de piedra. Se familiarizó con la túnica, ya le parecía cómoda y suave al contacto con la piel. Cuando sentía ansiedad y quería cambiar de postura o hacer algo con las manos, movía el orbe hacia atrás y adelante. Además, su apetito mejoró de manera inesperada y decidió consultar con Zenyatta al respecto.

—Ahora pones atención activa en eso —afirmó—. Así como pones atención a los rituales, a la meditación con el orbe y a las tareas del templo. —Se rio por lo bajo—. Y a nuestras conversaciones.

En el cuarto día, Satya acompañó a los sacerdotes al centro del pueblo, donde prepararían comida para quienes tuvieran hambre. Al tiempo que servía lentejas sobre arroz aromático, ella observó cómo Zenyatta y los otros ómnicos interactuaban con los habitantes. Ellos se veían realmente contentos de ver a los sacerdotes. Hubo muchas conversaciones: sobre el templo, el iris, acerca de cómo la pasaban sus amigos, que era la manera en la que el pueblo veía a los sacerdotes. Al inicio también hubo miradas con enojo dirigidas a Satya, así como murmullos que, sin duda, decían con el propósito de que los escucharan.

Al escuchar esto, Zenyatta se colocó al lado de Satya. No dijo nada, solo tomó una cuchara y comenzó a servir comida junto con ella. Algunas de las miradas se suavizaron. Satya no se ofendió por tales reacciones, pero apreció el apoyo silencioso de Zenyatta.

Más tarde, después de la meditación vespertina con los orbes, Zenyatta le pidió a Satya que se quedara después de que los demás se fueran. Ella se movió con inquietud sobre el cojín. Cada vez que veía los trozos de la estatua, quería hacer algo para remediarlo.

—¿Disfrutaste de nuestro trabajo hoy? —preguntó Zenyatta.

—Sí —contestó—. Aunque es alarmante ver que tantas personas siguen hambrientas.

Una vez más, pensó en su infancia.

Zenyatta asintió con pesadez y suspiró.

—¿Y qué sucedió después de que comieron? ¿Y mientras comían?

—Hablaron. Y compartieron. Y... se rieron. —Ella sabía que había mucho que temer. Mucho resentimiento. Muchas razones para sentir enojo. Y, aun así, reían.

—La comida se prepara con cuidado y se ofrece sin costo. No tienen que darnos dinero ni compartir nuestra fe. Eso no importa. Nos conectamos. —Hizo

una señal hacia la estatua—. Hacemos esto desde que Aurora visitó este lugar, hace muchos años.

—Ellos... se nutren —afirmó Satya. Sus dedos movieron el Orbe de la percepción de una mano a la otra, mientras trataba de seguir el ritmo de sus pensamientos—. No solo con la comida.

—Existen muchas maneras de saciar el hambre, Satya.

—Los alimentos son los más importantes —dijo de manera muy concreta.

—Así es —afirmó—. Si se atiende el cuerpo, la mente se libera. Se abre. Se prepara para cambiar y aprender.

El orbe se sentía suave en sus manos, y ella lo miró.

—Los arquitectos de luz rígida... Reunimos nuestro sentir y lo convertimos en realidad. La mayoría ejecutamos movimientos muy precisos. Exactos. Aprecio todo eso. Pero, a la vez... se me dificulta quedarme quieta. —El orbe rodó de una mano a la otra—. Pero a la hora de crear algo... utilizo movimientos de danza *kathak.* De niña, cuando me sentía alterada, el baile me devolvía la tranquilidad. Siento que meditar con esto —señaló el orbe—, también me tranquiliza.

Satya esquivó su mirada; no solía hablar tanto sobre lo que su oficio significaba para ella.

—Bueno —se corrigió—, más bien uso lo que *recuerdo* del baile. Mis movimientos distan mucho de ser perfectos.

—Y, sin embargo, bailas para tejer con luz —aseguró Zenyatta—. Doblas la realidad, Satya, para crear arte funcional. El arte perfecto es estéril. El verdadero arte es... imperfecto, como cualquier otra cosa verdadera, y es glorioso debido a esas imperfecciones. Tal como nosotros.

Prosiguió con su cálida voz metálica.

—Existe una filosofía estética japonesa llamada *wabi-sabi*. En esencia, dice que las imperfecciones deben aceptarse y apreciarse. La naturaleza no es perfecta. Y, por consiguiente, el arte tampoco. Incluso hay un arte que se adhiere por completo a esta filosofía: el *kintsugi.* Significa “reparación con oro”. Cuando la cerámica se rompe, las piezas se unen de nuevo con oro.

Zenyatta la miró.

—El *kintsugi* nos insta a pensar de manera diferente. Celebremos lo que está roto, en lugar de ocultarlo. Es la pasión por lo que haces lo que lleva a la arquitectura más allá de la simple construcción. Sin sus defectos, una casa es solo una edificación. Con errores, ese lugar se convierte en un hogar. Tus movimientos de baile pueden ser imperfectos, pero la imaginación y la creatividad son cosas que se armonizan con la fe. Son *expresiones* de ella. De hecho, se dice que el propio universo... es producto de un *baile*.

Satya aún no tenía la edad suficiente para entender la fe y la religión cuando la Corporación Vishkar la seleccionó y la preparó para ser una arquitecta de luz rígida. Esto... ah, cuánto deseó saberlo desde antes.

—Qué hermoso, Satya —dijo Zenyatta en voz baja, casi con reverencia—. Qué oportuno que hayas decidido venir y ayudar a sanar este lugar santo. Ya alcanzaste lo sagrado.

Satya jamás se había sentido tan comprendida. Tan vulnerable y, a la vez, tan fuerte. Quería gritar, reír, bailar, llorar y cantar, pero no hizo nada de eso. En cambio, contuvo las lágrimas, asintió con gratitud hacia Zenyatta y miró hacia los fragmentos de la estatua rota, con el Orbe de la percepción circulando entre sus manos. Ahora comprendía por qué Zenyatta había elegido ese orbe en particular. “Percepción” significaba “entendimiento”... pero era el entendimiento a través de los sentidos. La suavidad del orbe. El olor del incienso. El sabor de la comida preparada con conciencia. El sonido de las voces suaves y la vista de algo bello.

—Creo —dijo en voz baja— que ya sé qué hacer. Pero no sé si queda suficiente tiempo. Debemos empezar ahora mismo.

—¿Debemos?

—Sí. Unidos —contestó y notó que... sonreía.

Fue necesaria casi cada hora de trabajo de los días que le restaban a Satya en el templo, pero ya estaba lista para lo que Sanjay llamó “la develación”, aunque no había ningún velo. Cuando Satya se alistaba para el gran evento, de forma automática tomó su uniforme blanco y violeta que vestía cuando recién llegó. Hizo una pausa y luego optó por la túnica dorada y ocre que usó durante su estancia.

Zenyatta la esperaba para acompañarla a la explanada. Cuando por fin la vio salir, él se sorprendió.

—Pero... no eres una peregrina —dijo en referencia a la túnica que ella vestía.

—¿Acaso no son los peregrinos quienes emprenden un viaje a un lugar sagrado? —preguntó con las mismas palabras que él usó—. Es verdad que no pretendía serlo. Sin embargo... heme aquí. Esta —señaló la túnica— es la mujer que aprendió sobre Aurora. Así que esta es quien quiero ser cuando le presente mi trabajo al mundo. Tal vez también seré más como ella de aquí en adelante. Me enseñaste que mucho de lo que hay en el mundo es sagrado, aun si parece ordinario. Y que siempre hay más por aprender, en especial de los buenos maestros.

Satya no pensó que aprendería a leer los sutiles cambios que transmitían las emociones ómnicas. Pero *sintió* (no había mejor palabra) que Zenyatta estaba conmovido.

Ahora, ella y Zenyatta estaban en la misma explanada donde el *sarpanch* Ranesh Grewal la había reprendido hacía una semana. Ahí estaba él de nuevo, junto con los sacerdotes del templo, peregrinos, habitantes, entre otros. Parecía que aún no confiaba en ella.

—Entonces —intervino una voz cordial—, no es un centro de retiro.

Satya volteó, sorprendida de que Sanjay estuviera en persona en el evento.

—Ya lo verá —le contestó.

Él la observó con atención y asintió.

—De acuerdo. Del lado de relaciones públicas, Tamir preparó todo para el control de daños.

—Creo que no será necesario.

—*Alguien* va a tener un problema con *algo*; sabes que siempre es así.

Él estaba en lo correcto, pero Satya no se preocupó.

—Confío en mi diseño; investigué a fondo. —Volteó a ver al grupo—. Síganme, por favor. —Eso fue lo único que dijo.

Los condujo a través del corredor mientras escuchaba murmullos a medida que el público notaba las estrías de oro en las paredes y en el techo donde antes había grietas y agujeros. Los trozos faltantes, las fracturas, las fisuras. Los puntos heridos. Todo estaba reparado, cementado con una luz con matices color miel. Estaba a la vista de todos.

"*Kintsugi*. Unión con oro.

Existe energía en lo nuevo, pero existe poder en lo antiguo.

Sangre en las venas. Corrientes eléctricas. Tendones que unen todo".

El grupo avanzó en silencio por el camino hacia la entrada del santuario. Satya se detuvo en el escalón y respiró hondo.

—La Corporación Vishkar acepta la responsabilidad por el daño que, sin intención, ocasionamos en este templo —expresó—. Tekhartha Zenyatta me invitó

a pasar un tiempo en este lugar y a aprender acerca de la historia y la fe ómnica. Y sobre Aurora. Ya vieron cómo ofrecí mis cuidados al templo. Ahora les mostraré mi percepción sobre los ómnicos, la gente de Suravasa, Aurora y su templo.

"Como veo a Mondatta. Al arte.

Como... me veo.

Todos somos uno en el iris".

De cierta manera, ella también había sido una con los demás durante los últimos días. La estatua de Aurora no se había restaurado únicamente a raíz de su esfuerzo. Satya había hablado con los trabajadores que fueron a remover los enormes trozos de piedra y les pidió que, en lugar de eso, los unieran de nuevo. Los trabajadores, los sacerdotes y los peregrinos colaboraron con ella mientras la luz rígida enmendaba aquello que estaba destrozado.

Al final, la estatua no se reemplazó. Se transformó.

La luz del sol la bañaba de oro líquido. Los inmensos fragmentos que se derrumbaron por negligencia de Vishkar ahora estaban unidos por riachuelos de luz áurea. Un collar dorado marcaba la conexión de la cabeza inclinada y la garganta. La luz rígida adornaba también los alguna vez fracturados pliegues de la ropa, y adhería de nuevo los dedos articulados con las manos que se unían expresando devoción.

Satya se había conmovido por el concepto de unidad del iris. Pero la historia de la trascendencia de Aurora tuvo un impacto mayor. El trabajo de Satya aún no estaba terminado. Levantó los brazos, se acomodó y comenzó a tejer.

Extendió las manos en el aire, y las puntas de sus dedos lo sintieron, sujetaron y estiraron.

"Moviendo el orbe hacia atrás y adelante, una y otra vez.

Cambiando la percepción".

A medida que estiraba la delgada hebra de luz dorada entre sus dedos y formaba una esfera a partir de los hilos radiantes, Satya pensó en las maravillas que Aurora debió conocer, en su confusión y desasosiego, así como en el gran amor que le permitió a la primera ómnica entregar su única y preciosa vida por los

demás. Ahora, Satya también se entregaba a su arte, a su pasión; a la danza de la creación.

En ese momento se movió con rapidez. Aparecieron ocho orbes pequeños, uno para cada uno de esos delicados brazos que se unían como sombras de oro, y otros dos sobre la cabeza, uno a cada lado. Un par de brazos se colocó en la parte inferior.

“Para levantar a los demás”.

El par del centro estaba abierto.

“Para bendecir y recibir a los refugiados”.

Las últimas dos manos tenían las palmas juntas sobre la cabeza, en armonía con las que estaban sobre el corazón.

“Unidad”.

“Una última cosa”.

Para el final, empezó a tejer luz en hilos tan finos que, a medida que los dirigía para rodear la estatua, se veían casi transparentes. Eran tan delgados que podían deslizarse por debajo de la pesada base de la figura. Unos anillos que parecían de fuego se colocaron unos sobre otros y rodearon a la estatua formando un enorme orbe radiante. Satya alzó las manos. Una expresión de asombro se escuchó en el santuario cuando la pesada estatua comenzó a elevarse de su base de flor de loto, sostenida solo por la esfera dorada de luz rígida.

Satya exhaló de forma prolongada y bajó los brazos.

Silencio absoluto... y luego, suaves murmullos. Con lentitud, los presentes se acercaron a esa figura que estaba suspendida en el aire y rodeada de una esfera de luz rígida, y sus rostros se bañaron con la luz.

—¿Señorita Vaswani? —Giró hacia la voz que le hablaba. El *sarpanch* Grewal estaba junto a ella y sonreía—. Discúlpeme. La juzgué mal. Esto es perfecto; no podría ser mejor.

—Sí, podría serlo —respondió Satya—. Precisamente, ese es el punto.

Grewal la miró, estupefacto, al tiempo que ella inclinaba la cabeza con cortesía y se abría paso entre la multitud. Esto ya era demasiada cercanía para ella.

Zenyatta la esperaba afuera. Le entregó una caja pequeña.

—Para que nos recuerdes. —El objeto desprendía un aroma; era incienso.

—Gracias —respondió—. Nada podría ser mejor.

—Siempre serás bienvenida aquí —afirmó. Luego se dirigió a Sanjay, quien se acercaba—. Cada amanecer brinda una nueva oportunidad de elegir nuestro camino. Espero que la Corporación Vishkar lo vea ahora.

Hizo una reverencia y regresó a la explanada. Sanjay lo siguió con la vista.

—Tu elección —dijo Sanjay mientras volteaba de nuevo hacia Satya—, no fue lo que esperaba.

—¿Está decepcionado?

Negó con la cabeza y frunció el ceño, pero no estaba enojado. Estaba... ¿atónito?

—En realidad, no. Te pedí que les dieras lo que quisieran, y... lo hiciste. Es hermoso, Satya. Es justo lo correcto. Pero ¿por qué elegiste luz amarilla y no azul?

—Así me describieron el momento —aclaró—. Además... el azul es un color hermoso, pero es frío. Este templo está dedicado a recordar el acto de amor más grande: el autosacrificio. Y el amor... es *cálido*.

Los espectadores miraban en su dirección y sonreían; esto no pasó desapercibido para Sanjay.

—Parece que una parte de ti se quedó aquí. ¿Extrañarás este lugar?

—Extrañaré estar con quienes piensan casi de la misma manera que yo —reconoció—. Pero aprendí que no es necesario entender cómo piensan los demás para respetarlos.

“O incluso para convertirse en amigos”, pensó.

—Para mí es suficiente saber que este templo está aquí. Así.

“Su camino se trazará, piedra por piedra, conforme avancen por él”.

Volteó a ver a Sanjay.

—Así debemos interactuar. Con respeto. Como amigos. Buscando entender... y ser entendidos. Hay mucho que Vishkar puede hacer aquí... pero debe comprender *cómo* hacerlo.

Sanjay se quedó perplejo. Volteó a ver la brillante estatua que era la misma de antes, pero, a la vez, muy diferente.

—Creo que... —dijo Sanjay Korpal con una voz suave, casi con sorpresa—, puede que tengas razón.

BLIZZARD®
ENTERTAINMENT

©2020 Blizzard Entertainment, Inc.
Todas las marcas registradas mencionadas
son propiedad de sus respectivos dueños.